

CHATARRA

*"No me acabo con la muerte,
pensó quemándose la boca con el cigarrillo.
Yo he sido mi cuerpo y le debo la lealtad
de acompañarlo hasta último momento".*

Julio Cortázar, El examen

Ya no lo distingo entre los senderos terrosos, entre montañas metálicas, arrugadas, sin forma. El paisaje oxidado es atemporal, con memoria de máquinas. Las siluetas deformes atestiguan autos, camiones, ahora: chatarra, tierra y óxido en soledad.

La vida allí se me dibuja triste, y a diferencia de aquellos coleccionistas que nadan gustosos en la basura bronceada de una ciudad que ya es otra, yo lo busco a él. Aún incrédulo, trato de hallar a Octavio Cruz. No es obligación mía, nada me une a él. Sin embargo, su desigual destino de lata me inspira piadosa curiosidad.

El principio de esta metálica historia fue el final sanguíneo de Octavio Cruz.

Hacía tiempo que el señor Octavio Cruz había comenzado a sentir unas pronunciadas molestias en las articulaciones de las rodillas y de las muñecas; tanto lo incomodaban, que optó por consultarlo. El calvario se consolidó en la cara del médico. Al ver las radiografías, ni las rodillas ni las muñecas de Octavio Cruz poseían ligamentos, y los huesos pequeños que jugaban en la articulación habían comenzado a soldarse. Bastarían uno o dos meses para que la rigidez fuera absoluta. Octavio prefirió refugiarse en el absurdo y olvidar lo ocurrido.

Pero no fue así, y sólo lo supo dos meses más

tarde, cuando comenzó a necesitarme para acostarse y levantarse, y días después, cuando no pudo subir más al colectivo, ni llegar al trabajo, ni marcar tarjeta.

No tenía movimiento.

Apenas se mantenía de pie mientras yo le arreglaba las sábanas, pues se había acostumbrado a eso desde que me mudé al departamento de al lado, y heredé el golpeteo chirriante en la pared, como gastada señal de auxilio. Nada sabía yo de Octavio. Lo poco que conocí fue a través de sus balbuceos, y entonces me convertí —sin proponérmelo— en heredero universal de su recuerdo apocado.

Poco a poco la situación fue haciéndose insostenible. La mandíbula se le trababa, la piel se recostaba en los huesos, que se vislumbraban acerados. Era imposible que ingiriera alimento alguno, sólo pasaba el agua; pero el ingeniero que lo atendió hasta el último momento se la quitó de la dieta, pues contribuía a acelerar la oxidación generalizada.

De pronto, la lengua fue una plancha gris y destemplada, y la saliva fue reemplazada por una grasosa mezcla de aceites, que el ingeniero me hizo comprar en la estación de servicio más cercana.

La nariz se disolvió una mañana junto a lo que

quedaba de la boca y los ojos. La cara plana y brillante quedó huérfana de rasgos ausentes de gestos. Lo más triste para mí fue aquella tarde en que estaba desenredando los cables de la espalda para enchufarlo, cuando el tórax ya rectangular no se irguió más. Octavio ya no era hombre.

Sobre la cama, su cuerpo angular, casi prismático, poligonal, ya no cuerpo, permanecía quieto. Nada había por hacer. Llamé al ingeniero, que vino presto desde la fábrica. Lo conectó y le cambió el aceite, pero ni siquiera emitió alguno de esos ruiditos a bujías o a falso contacto.

El proceso de oxidación que había llevado a Octavio Cruz a convertirse en un anguloso cuerpo metálico, había acabado con la máquina también. Creo que lloré sobre Octavio, porque oí caer una gota sobre lo que había sido su pecho. El ruido del agua ínfima sobre el metal helado me devolvió a la realidad; Octavio fundido en acero no murió: dejó de funcionar.

Lo tapé y me fui a casa a buscar algo de dinero para los gastos del entierro, pero al instante reflexioné sobre lo absurdo de enterrar un montón de engranajes oxidados en un cementerio y regresé.

El tiempo que tardé en cubrir el pasillo que me separaba de su habitación fue eterno, como si ajeno a la gravedad, navegara a la deriva por la

casa. No lo hallé en la cama. Una vecina apoltroada en el vano de la ventana me dijo que un hombre alto se había llevado con la grúa una máquina vieja; después me preguntó por Octavio, y mentí un viaje largo.

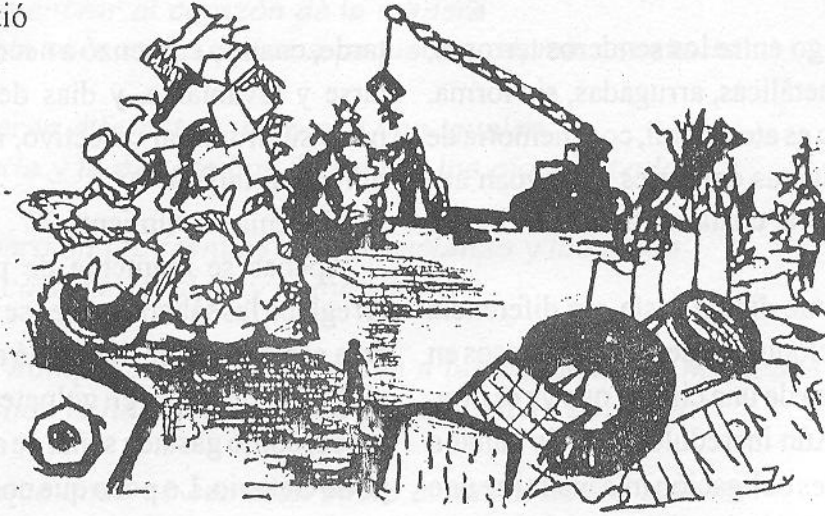
Dos horas más tarde me llamó el ingeniero para avisarme que se había llevado a Octavio al desarmadero, para evitarme problemas. Mascu-

llé un insulto, mientras el tubo del teléfono se hamacaba al costado del escritorio, y salí para el desarmadero.

Hace una hora que camino sin brújula por eternos senderos de tierra. El olor a hierro retorcido y olvidado se ahueca en mi cabeza. Busco algo que se parezca a Octavio, algo para recordarlo. Ni siquiera pateo ya las tuercas, pues imagino en cada pieza la memoria ósea de alguna parte de Octavio.

Siento frío. Instintivamente se me cruza la idea de su cuerpo metálicamente desnudo bajo la escarcha. Pero Octavio ya no es. Sólo quedó de él un montón de chatarra anónima, al punto que cada tornillo, cada biela, cada retazo de lata lo actualiza y lo calla, lo rememora y lo olvida.

Sigo buscándolo. Siento frío. Sigo buscándolo, ahora desesperadamente.



Natalia Montini
4to. Año - Letras